

# LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

José Rodrigo Castillo

## “Humboldt en Papantla: una historia de aparecidos y fantasmas”

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Número 64, abril-junio de 2023, pp. 33-36.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000  
Xalapa, Veracruz, México  
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

# HUMBOLDT EN PAPANTLA: una historia de aparecidos y fantasmas \*

José Rodrigo Castillo

*A mi madre, sonrisa de la vida*

**H**ay una placa bajo el balcón de una vieja casa colonial de Papantla, en la calle Pino Suárez, que da cuenta de la estancia de Alexander von Humboldt en 1804. No obstante, quizá el erudito prusiano nunca estuvo allí, quizá su presencia fue una alucinación masiva, una trama de mentiras y confusiones u otra historia de fantasmas en un pueblo más de México. Al parecer no existe de su parte una afirmación sobre su supuesto viaje y alojamiento en Kachikin. En los libros donde aborda las regiones de Veracruz, *Essai politique sur le royaume de la Nouvelle Espagne* y *Vues des cordillères et monuments des peuples indigènes de l'Amérique*, solo encontramos referencias indirectas e incluso inexactitudes. Humboldt menciona, por ejemplo —y de ahí vino mi primera sospecha—, que el capitán Guillermo Dupaix había visitado la pirámide de Papantla, examinado la construcción, dibujado los jeroglíficos y el basamento con especial esmero; expresa, asimismo, el deseo por la publicación de su boceto, pues la figura aparecida en la *Gazeta de México* era bastante imperfecta (1811, 346, tomo segundo).

Dupaix, oriundo de Luxemburgo, fue anticuario y precursor de la arqueología en el virreinato;

en su archivo, resultado de sus expediciones personales entre 1791-1803, poseía cuatro dibujos del edificio de los Nichos y otro tanto igual de Papantla. Tal vez Humboldt siguió las mediciones y el relato de Dupaix. Esto explicaría parcialmente sus aseveraciones tanto ciertas como erróneas, pues afirmó que la pirámide tenía de base 25 metros por cada lado, 7 pisos visibles y quizá uno oculto por la vegetación; contaba con 3 escaleras, 366 nichos del corpus y 12 de las escalinatas, los cuales en su conjunto hacían alusión a los 318 signos simples y compuestos de los días del *cempohualihuitl* o el calendario civil de los toltecas (1816, 103, primer tomo). Aunque atina en reconocer la ordenanza, el pulimento y la regularidad del monumento y dar el dato de los poco más de 18 metros de altura, en realidad el edificio tiene una sola escalera con dos alfardas laterales, mide por cada lado 36 metros y se le han adjudicado 365 nichos, vinculados con el calendario solar. Estas vaguedades de Humboldt son notorias en un científico obsesionado con las mediciones, con lo cuantitativo. Otra cuestión: él escribió que las ruinas fueron descubiertas por cazadores españoles (1816, 102, primer tomo); aunque, como se sabía desde 1785 por el reporte de la *Gazeta*, el ingeniero y cabo de ronda de tabaco Diego Ruiz fue el primero en registrar el hallazgo accidental



...Quizá el erudito prusiano nunca estuvo allí, quizá su presencia fue una alucinación masiva, una trama de mentiras y confusiones u otra historia de fantasmas en un pueblo más de México. Al parecer no existe de su parte una afirmación sobre su supuesto viaje y alojamiento en Kachikin.

en marzo de ese año, tras una inspección de plantíos clandestinos. Después, como se anuncia en la publicación, se difundió la imagen del basamento, un grabado en cobre firmado por un tal García, una reconstrucción y no una reproducción del deteriorado edificio. Quizá Humboldt registró mal la información como le sucedió a menudo con otros objetos. Lo único seguro ahora es que Dupaix sí estuvo en Papantla. ¿Acaso hubo una confusión?, pues ¿quién podría distinguir bien a bien entre un luxemburgués afrancesado de un prusiano afrancesado de la época? La expedición de Dupaix debió ser todo un acontecimiento en un pequeño pueblo, grabado en la memoria colectiva; pero adulterado por el tiempo, que siempre modifica los recuerdos para darles sentido. ¿Podríamos suponer que quien habitó esa casa en Papantla fue Dupaix y no Humboldt? Injusticia sería esto para el anticuario, a quien le debemos mucho en la recuperación nemotécnica de nuestro pasado autóctono.

Humboldt vuelve a mencionar a Papantla cuando trata el uso aromático de la vainilla en la ingesta de chocolate en la Nueva España; cuenta la gran impresión de los xalapeños a causa de los reportes de su colega Bonpland sobre la vainilla en el Orinoco, en Sudamé-

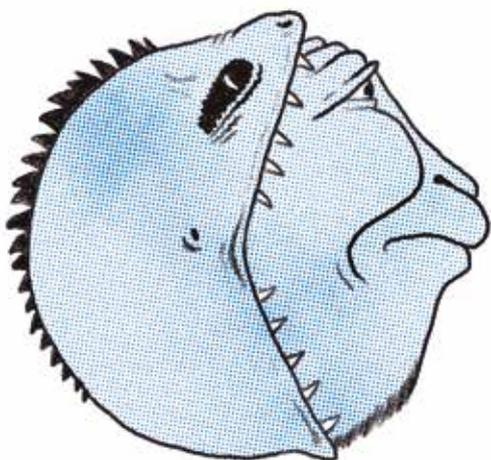
rica; confiesa haber consultado en sus respectivas estancias, en Veracruz y la actual capital del estado, a personas con más de treinta años dedicadas al comercio de la vainilla con productores de Misantla, Colipa y Papantla (1811, 200-201, tomo tercero). Es decir: Humboldt implícitamente declara no haber estado en Kachikin ni conocido de primera mano el procesamiento ni el comercio de la orquídea. Según sus informantes, la producción de vainilla ya beneficiada de la entonces alcaldía era menor y, aunque se mal secaba, resultaba muy aromática (209). Esta actividad, junto con su comercio a Europa, solo estaba dispuesta para la mal llamada “gente de razón”, apelativo empleado por Humboldt sin reflexionar en la degradación misma del término, parte de su característico discurso colonialista. Aquí cabe mencionar otro dato registrado por el prusiano, que dice mucho sobre el sentido de la historia: la acusación contra los originarios de Papantla y Nautla de introducirse furtivamente en Quilate, para recolectar los frutos de la vainilla de los misantecos. Sin embargo, como se verá a finales del XIX y principios del XX, los más graves crímenes por el aromático oro verde de esta zona se deben a la avaricia precisamente de la “gente de razón”.

Quisiera volver por un momento a la placa de Humboldt en el centro histórico de la ciudad. La fecha de la instalación se remonta a 1977. Por el testimonio de mi madre, antes de hacer formalmente esta indagación, yo sabía que un fallecido cronista la había colocado en tal lugar, por donde habré pasado cientos de veces de la primaria Donato Márquez al hogar de mi abuela. Me recuerdo aún zigzaguear el camino de colores que durante décadas estuvo pintado en la banqueta de la casa del Dr. Buill; y me parece curioso no haber visto

la placa. Mucho más tarde me hice consciente de su presencia, cuyo descuido (con el trabajo propio del tiempo) la había mimetizado con esa construcción antigua y su fantasmagórico balcón. Todavía tengo la sensación de asombro cuando leí que el barón Alexander von Humboldt había habitado allí. Confieso mi ignorancia: no tenía idea de quién era ese tal barón; aunque quizá por su título nobiliario o lo rimbombante de su nombre de extranjero me impresionó.

Transcurrieron más años para adentrarme en la obra de Humboldt. Sin embargo, antes de esto, su presencia para mí fue omnipresente en la tradición occidental del pensamiento y solía hallar su nombre en materias tan dispares como la lingüística comparada y la biogeografía, el costumbrismo y la cosmología, la literatura de viajes y la filosofía de la ciencia, la etnografía y el magnetismo, la taxonomía botánica y las mediciones barométricas, entre una extensa lista de relaciones inusuales que solo un erudito podría unir sin desvariar. Era, visto de otra manera, como si su fantasma me persiguiera a través de mis lecturas universitarias, entre aulas y libros, entre calles y escuelas bautizadas en honor a este distinguido ciudadano del mundo.

Sería poco antes de la pandemia cuando el espíritu de Humboldt llegó a la librería, donde yo vivía y laboraba, a través de un maravilloso lote de libros, una biblioteca indiana, que había pertenecido al michoacano Francisco Medina, un bibliófilo que protegía con esmero cada uno de sus libros con micas y procuraba sus lecturas con notas acerca de las relaciones entre autores, temas, fechas, ediciones... Uno de mis encargos fue ordenar y curar la colección de códices para su venta. Lo comencé a hacer con toda la ignorancia de un mexicano al cual le

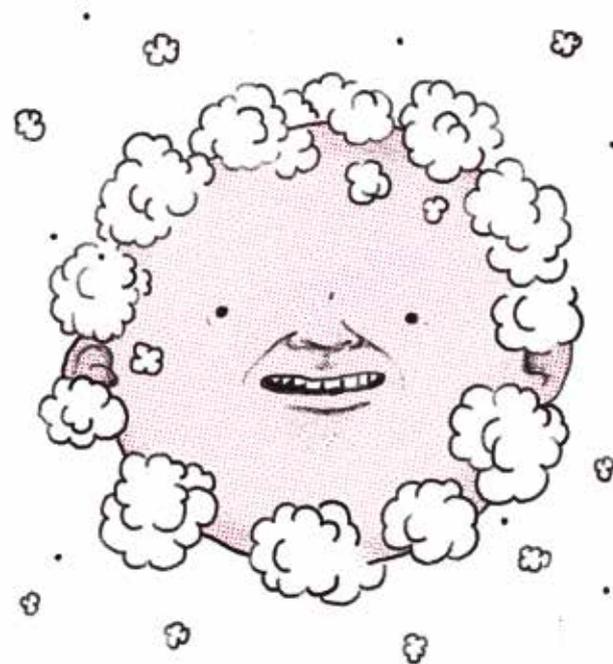


han mutilado parte de la memoria. Humboldt, por supuesto, estuvo presente (debo reconocerlo) para recriminármelo. Tuve en mis manos piezas como la primera edición de *Storia Antica del Messico* (1780), escrita en toscano por Xavier Clavijero mientras padecía el exilio en Bolonia; el libro conmemorativo de los 400 años del mal llamado descubrimiento de América, *Antigüedades Mexicanas*, firmado por García Icazbalceta en el auge del porfiriato; como las ediciones de Humboldt en francés... Poco a poco me di cuenta de cómo mi educación humanística y académica tenía una laguna de más de mil años de una producción de conocimientos y saberes por medio de documentos, si consideramos la preservación de los códices más antiguos hasta los textos coloniales. Humboldt es quizá el último eslabón de ese periodo. A la vez me percataría de mentiras en nuestra historia: por ejemplo, la idea de que las ciencias modernas nacen con la especialización del XIX en Europa, pues la historia, la antropología, la lingüística, la etnografía, etcétera, nacen con la invasión y la colonización ibérica en América; nacen con la evangelización, el pillaje, el asesinato, la violación, la esclavitud y el despojo de los recursos naturales. Sí, en efecto, las ciencias modernas son fundamentalmente colonialistas y colonizadoras. Es la barbarie disfrazada de civilización.

Después de estudiar algunas de sus principales obras, de Humboldt tengo dos sentimientos encontrados: reconozco la curiosidad y la investigación de costumbres y expresiones culturales de los pueblos autóctonos; pero detesto profundamente su visión sesgada, prejuiciosa, con la cual desvalorizó y denostó, sin argumento ni razones, a esas culturas como si se tratara de animales o bestias sin alma. La ética inte-

lectual de Humboldt (o la falta de ella) no es diferente a la de Hernán Cortés y sus militares castellanos. En todos estos hay una clara voluntad ideológica y un discurso propagandístico, racista, para vincular barbarie y civilización con el color de piel, para justificar sus propios crímenes como súbditos de monarquías rapaces y parásitas. La lectura de los libros de Humboldt me hizo exorcizar su fantasmagoría del olvido a cambio de hallar un demonio mil veces peor, marcado en nuestras frentes: el demonio del colonialismo vivo: el pasado en el presente.

Quisiera, si me lo permiten, regresar a la placa de Humboldt. Después de un viaje físico e intelectual me encontré de nuevo frente al balcón de esa casa colonial. Entonces me propuse saber sobre la invención de su estancia. Así me entrevisté con los cronistas de la ciudad, quienes me ofrecieron su tiempo e información; pero sería otro cronista fallecido, Luis Salas, quien desde el más allá me condujo a un artículo suyo donde remite, a su vez, a otro escrito publicado en el suplemento de *Excelsior*, el 26 de octubre de 1919. El artículo no tiene rúbrica. Vale la pena notar que se trata de un evidente texto literario. Se recrea con vivacidad, como si acabase de pasar, la llegada del prusiano a Kachikin, con detalles minuciosos como las botas con vueltas de charola, la finísima corbata con encajes y, en la diestra enguantada, un fute con empuñadura de oro y marfil. Esta voz narrativa parece haber presenciado el arribo (después de cien años); pero no ser la voz informativa de un historiador. El cuento no tiene desperdicio. Se describe el físico, los bríos expedicionarios de Humboldt, el protocolo real de la presentación, el permiso para investigar el basamento, la recreación del pueblo y de ahí cómo la única casa de dos pisos y balcón era la más digna para



hospedar al distinguido personaje. Y justo en estos datos, sobre todo en este último, es donde la poesía deviene historia. Presenciamos un acto mágico de la escritura.

El relato incluso describe la sentida despedida multitudinaria al explorador. El texto juega con nuestras emociones. Quien escribió esto debió tener, si no información cierta, por lo menos creíble; pudo haber revivificado el recuerdo de antepasados o de plano falsificado un testimonio. El artículo no se encuentra en la hemeroteca digital: el crimen perfecto. Si ponemos atención a detalles históricos se ven fisuras en la invención. La fecha dada por el escritor fantasma es 1803. Esto imposibilita la estancia por el itinerario de Humboldt, quien estuvo en Puebla el 11 de enero de 1804, se dirigió a Perote, Las Vigas, Xalapa hasta llegar a Vera-Cruz el 19 o 20 de febrero. Lo más lógico por la orografía era que de Puebla visitara Papantla, pues esta por siglos estuvo aislada entre los ríos Cazones y Tecolutla; además tenía más relación con el estado vecino que con nuestra capital.

Carolina Depetris ha seguido no solo los pasos de Humboldt en México, sino su influencia en

otros exploradores extranjeros y nos ofrece información a considerar aquí. Varios exploradores denunciaron la falsa testificación de Humboldt: el describir cosas jamás vistas por él. La lista es larga. También pusieron en tela de juicio su supuesta objetividad y proceder deductivo, métodos de los cuales se jactaba. No obstante, desenmascarar los engaños del prusiano no fue una cuestión sencilla, porque ha gozado de prestigio hasta la fecha. Está el caso de la autocensura de Henri Saussure, padre del afamado lingüista francés, pues a mediados del XIX viajó recomendado por el propio Humboldt e hizo un enlistado con sus errores y engaños, que se negó a publicar en tanto el erudito estuviera con vida. Saussure afirma, en una carta privada, una cuestión inquietante: que Humboldt no recorrió personalmente todos los lugares descritos en sus textos, porque tenía media docena de ayudantes a su servicio, asignados por el rey de Prusia; también menciona que Humboldt pasaría seis meses tranquilamente en compañía de una condesa. Es decir: como en una historia de universos paralelos, fueron posibles a un tiempo y en lugares diferentes las presencias de cuatro parejas de Humboldt(s) y Bonpland(s) en

Nueva España. Y quizá, solo quizá, una de esas parejas duplicadas haya llegado a Papantla.

Me gusta pensar en Humboldt, pues así lo insinúa Saussure y otros, como en un pícaro de la ciencia, inventor de su mito y fama, mediante sus habilidades literarias. Me gusta pensarlo como una suerte de Periquillo Sarniento de la nobleza, de las clases altas, histriónico falsificador de sí mismo. Acaso Humboldt por más de dos siglos ha usurpado la placa y los méritos de Dupaix. No es menos picaresca la intención del autor del cuento publicado en *Excelsior* ni la de quien puso la placa: falsos testimonios de un aparecido. Escritores e historiadores son, en el fondo, mitómanos profesionales. Y nuestra percepción de las cosas pasadas se teje con la mentira. Yo, más que reprochar, aplaudo la valentía de los nobles fabuladores. Incluso de ya propongo al municipio más placas falsas y otras plausibles: una al lado de la de Humboldt donde explique la posible confusión y la posible estancia de Dupaix; falta, asimismo, la placa de Fidel Castro y el Che Guevara en otra vieja casona; la placa de Malcolm Lowry y José Alfredo Jiménez bebiendo en La Jarochita; y por qué no la placa de un apócrifo Balzac en la casa de mi bisabuelo, Natalio Olarte. A esto último yo me comprometo.

Quizá sea el inicio de otra historia de distinguidas apariciones en la ciudad que perfumó al mundo, donde los cimarrones todavía vuelan. **LPyH**

#### REFERENCIAS

- Depetris, Carolina. 2020. "Humboldt y los viajes por México en el siglo XIX". En *Península* xv n° 2: 187-205.
- Humboldt, Alexander von. 1811. *Essai politique sur le royaume de la Nouvelle Espagne*. París: De l'Imprimerie de J. H. Stône.
- 1816. *Vues des cordillères et monuments des peuples indigènes de l'Amérique*. París: De l'Imprimerie de J. Smith.
- López Luján, Leonardo. 2015. *El capitán Guillermo Dupaix y su álbum arqueológico de 1794*. México: INAH.

\* Gracias a la invitación del cronista Zenón Ramírez, el 14 de enero de 2023 impartí una conferencia en el Museo Teodoro Cano sobre dicho tema; el producto de esa indagación se materializó en este breve texto.

**José Rodrigo Castillo** es licenciado en Filosofía y en Lengua y Literatura Hispánicas. Egresado de la maestría en Filosofía de la UV. Ganador del premio Carlos Pereyra (2016), convocado por *Nexos*. Autor de *El modernismo hispanoamericano: presupuestos estéticos y filosóficos* (Ivec, 2019).

